
Notas sobre la disciplina sociológica, histórica y sus interrelaciones. Problematicando la sociología histórica y la Historia del presente

Mesa temática n° 28: Desafíos del pensamiento sociológico. Sociología e historia

Poli Jesús Nahuel, alumno de la *Maestría en Investigación en Ciencias Sociales* de la Universidad de Buenos Aires (cohorte 2016-2018). nhpoli@yahoo.com.ar

Resumen

En esta ponencia se recuperan y describen algunas categorías fundamentales de lo que fue la sociología clásica, en su perspectiva funcionalista y estructural funcionalista, así como algunos problemas de lo que emergió bajo el nombre de sociología histórica, centrándonos en su abordaje del proceso de estructuración, esto lo hacemos, bajo el objetivo de problematizar el sentido que tales paradigmas habilitaron a la disciplina histórica. Luego, se introducen nociones de la escuela historiográfica francesa (de los *Annales de historia económica y social*) y postulados de lo que Pierre Bourdieu denominó *vigilancia epistemológica*. El objetivo de ello es, específicamente, encauzar y ponderar positivamente los trabajos que a partir de Michel Foucault se denominan *Historias del Presente*, y en forma general, aportar una posible arquitectura teórica – metodológica, con sentido socio – histórica, para el abordaje de investigaciones que indaguen procesos de institucionalización/ historia de las ideas, de programas de investigación en ciencia social.

Palabras claves: sociología histórica, historia del presente e historia de las ideas

1. Introducción

Desde sus inicios post – ilustración, el desarrollo de lo que hoy se conoce como pensamiento sociológico ha estado entrelazado con análisis históricos y esquemas para interpretar, comprender y explicar la historia. Sin embargo, esta relación se desarrolló problemáticamente, puesto que el foco de la misma ha sido el intento de sociólogos y teóricos sociales por comprender lo que Karl Polanyi denominó “la gran transformación”

(Dean, 1994, p. 1), esto es, el extenso movimiento histórico que llevó a las relaciones sociales características de lo que hoy se denomina “modernidad”¹.

Para ser más preciso, vale decir, que desde aquel momento “la sociología” se presentó a sí misma, como una disciplina generalizadora o “nomotética”, y formuló teorías para ser aplicadas a un rango de fenómenos, atribuyendo a la historia la descripción ‘ideográfica’ de lo único y lo singular (Goldthorpe, 1991, citado en Dean, 1994, p. 1). En este marco, el estudio histórico fue a lo sumo preliminar a la comprensión de la realidad social contemporánea, o bien algo que podía reducirse a un conjunto de categorías raramente examinadas que se explicaban por sí mismas.

Lo anterior fue cierto, verdadero, no solo para la teoría sociológica de principios y mediados del siglo XX, esto es, tanto para las tipologías ahistóricas de “dimensiones de la acción” del estructural – funcionalismo como para la plétora de sociologías de la vida cotidiana; o para el Marxismo Occidental de posguerra, que más allá de que demostró disgusto por los problemas del análisis histórico, prefirió una filosofía de la historia humanista, o bien una ciencia del materialismo histórico fundamentalmente ahistórica, sino que también, fue cierto, para la generación post segunda guerra mundial, que se iba a encontrar con que la renovación de la historia era imprescindible para toda una gama de áreas, dando amplio reconocimiento a una actividad híbrida llamada “sociología histórica” (Dean, 1994, p. 2)².

Ahora bien, quienes escribimos esta ponencia, apoyamos la hipótesis de que si algo así como una sociología histórica puede encontrarse en el núcleo intelectual de la sociología, podría ser por razones menos teóricas que estratégicas y que su ubicación estratégica puede ser distinguida por el rechazo de viejos usos de la historia en la sociología, que funcionaron para oponer formas de análisis históricos antes que para acogerlos.

En efecto, aquí, específicamente, luego de recuperar algunas de las categorías fundamentales de la sociología clásica, para comprender y profundizar en el porqué de la problemática relación tejida con la disciplina histórica, y realizar el mismo ejercicio, pero

¹ Las características de esta modernidad son en principio inagotables. En distintas teorías, el núcleo de “la gran transformación” es identificado a partir de uno de los siguientes elementos o de su combinación: tecnología industrial, capitalismo o generalización de la producción de mercancías, formas de administración burocrática, urbanismo, el Estado democrático – liberal, individualismo afectivo, la dicotomía pública –privado, entre otros. Estos recuentos luego establecen los términos a partir de los que se circunscriben diferentes características de esta gran transformación: modernización, industrialización, racionalismo, urbanización, secularización, burocratización, etc.

² Según la autora, lo anterior, fue especialmente cierto en las sociologías de la medicina, la psiquiatra, la sexualidad, la desviación y el control social, el moderno sistema mundial y en la sociología política del Estado moderno.

poniendo el foco en lo que se denominó “sociología histórica”, explicitamos algunos conceptos de lo que denominamos la *nueva historia* (la escuela de los annales) para ponderar, seguidamente, y positivamente, los trabajos históricos – filosóficos, que a partir de Michel Foucault (denominado por él, como genealógico y arqueológico) se conocen como *Historias del presente*. Finalmente, describimos a que se refirió Pierre Bourdieu con el concepto de *vigilancia epistemológica*, bajo la pretensión de dar sentido “sociológico” al trabajo histórico – filosófico mencionado, y solidificar la tesis descripta en el párrafo anterior.

El objetivo general de la ponencia es aportar a la reflexión de los abordajes teórico – metodológicos que, desde una perspectiva socio – histórica, se interrogan sobre la institucionalización de distintos programas de investigación en ciencia social y sobre la historia de las ideas presentes en los mismos. Estas inquietudes responden al hecho de que desde hace décadas los expertos en cuestiones sociales, sus conceptos y representaciones, cumplen un papel central en la práctica e imaginación política (Grondona, 2014).

2. Algunas categorías fundamentales de la sociología clásica y el papel de la historia en esta perspectiva.

En tanto que institución académica, que discursos sancionados con títulos, cátedras, becas y subvenciones, **la sociología**, está dominada, en el mundo anglosajón sobre todo, por la siguiente concepción: *la sociología es el conjunto de enunciados que resultan de la aplicación del método sociológico a cualquier realidad*. Eso sucede, más allá de que en la polémica sociológica se han distinguido muchas veces “escuelas”, cuya oposición se basa en aspectos que son, después de todo, secundarios, considerando el esquema categorial común, que es el fundamento de la unidad de la sociología como disciplina, a saber: *que la sociología fue desarrollada bajo la idea de que su objeto de estudio son las instituciones; confiriendo a las mismas, un puro carácter instrumental respecto a un conjunto de finalidades que no son objeto de análisis sociológico porque, esas finalidades, son imperativos funcionales identificados a la existencia misma de lo social como social*.

Pero, puesto que el sentido matemático de la noción de función es tan general que todas las ciencias serían “funcionalistas”, si se entendiera en tal sentido, vamos a buscar la especificidad del funcionalismo como método sociológico en lo que se diferencia *del uso*

metodológico de relaciones funcionales, centrándonos en el *funcionalismo* de Malinowski, y en el *estructural funcionalismo* de Parsons³.

2.1 El funcionalismo en Malinowski:

Para ingresar en nuestros autores, es dable remarcar, en primer lugar, que en *Una teoría científica de la cultura* Malinowski nos ofrece una *breve axiomática del funcionalismo*, y constituye la primera definición de un término que ha servido para caracterizar la metodología de la sociología anglosajona contemporánea⁴. Según el autor, los datos que hay que extraer de toda observación tienen que ser *instituciones*, a las cuales concibió, como: *formas estables de organización de las conductas, destinadas a satisfacer necesidades primarias* (o biológicas) o *secundarias, derivadas de las primeras* (Pizarro, 1979, p. 163). En Malinowski, cuando se establece que una institución *sirve para* satisfacer una necesidad, se entiende que se ha “explicado” la institución en términos funcionales.

Lo malo es que, este teórico, no se contentó con llamar “necesidades” a las condiciones de existencia del organismo humano, sino que adjetivándolas de “secundarias” o “derivadas”, añadió a las finalidades funcionalmente explícitas de las instituciones, entidades de una naturaleza muy diferente, como por ejemplo lo es, el mantenimiento del orden social. En suma, lo que genera ruido en el esquema categorial de Malinowski es que justificó la extensión de las necesidades con una explicación funcional, puesto que si el orden es necesario para que los hombres se alimenten, el orden es una necesidad derivada de la alimentación (Ídem).

Ahora bien, la crítica de este funcionalismo radical no es propia, y ya ha sido hecha desde muchos puntos de vista, acusándolo de “biologicista”, de “organicista” y, sobre todo, en el

³ Nos centramos en estos dos autores/paradigmas puesto que si bien es verdad que el análisis que proponemos deja de lado algunas obras que para muchos estudiosos tienen mayor importancia de las que citamos, tal como pueden ser la sociología de Weber, o la de Marx, respecto a la primera, vale decir que lo hacemos voluntariamente, porque, de acuerdo con Pizarro (1979) “nos contentamos con mencionar que los tres primeros capítulos de su libro póstumo *Economía y Sociedad*, han sido, a nuestro entender, correctamente interpretados por Parsons” (p. 158). En esas líneas, Weber elabora una exposición de la sociología como ciencia de la acción social que constituye una de las más explícitas declaraciones sobre los fundamentos de la teoría de la acción de Parsons, así como de las escuelas más contemporáneas como los son la etnometodología y el interaccionismo simbólico. En cuanto a la sociología de Marx y el marxismo, lo hemos excluido, no solo por una cuestión de espacio, sino también, puesto que, entendemos que el marxismo mucho tiempo no formó parte del discurso académico y hay elementos en el modo de producción de ese discurso muy diferentes de lo que constituye la infraestructura categorial del campo de las ciencias sociales, por ejemplo, las corrientes de interpretación que están esencialmente ligadas al leninismo en tanto movimiento político.

⁴ Veremos que el estructural funcionalismo de Parsons es una variable importante del funcionalismo de Malinowski, por ello lo hemos incluido en esta ponencia, y por ello, los analizamos por separado.

contexto de la sociología americana, se lo ha dejado de lado, en sus aspectos teóricos, con el trabajo de Parsons (el estructural – funcionalismo), y en lo metodológico, con la brillante afirmación de R. Merton, de que existen... disfunciones, lo cual quita al análisis funcional la coherencia metodológica que garantizaba el valor heurístico que pudiera tener. Enseguida nos dirigimos a Parsons...

Pero siguiendo con Malinowski, observemos un aspecto importante de su metodología, a saber: el punto de partida del razonamiento que conduce al autor a definir su análisis funcional, esto es, la definición de institución que, como hemos visto ya, es siempre lo que hay que aislar en la observación. Es que, en el autor, *las instituciones se definen por la existencia de hombres, medios y un sistema de normas y valores que rigen la aplicación ordenada (y repetida) de los medios para alcanzar los fines institucionales...* esto es importante, porque “cuando Malinowski afirma el carácter instrumental del orden institucional está afirmando que existe un sujeto de la acción social” (Pizarro, 1979, p, 165). En efecto, “del instrumento” observado y analizado, lo esencial acaba siempre siendo los estatutos, los sistemas de valores, de las personas que conforman la institución analizada.

Así, siguiendo el razonamiento, es permitente que preguntémonos en el abordaje de un objeto de investigación regido por nuestros intereses: ¿Cuál es el sistema de normas y valores que organizan los medios necesarios para lograr los fines mentados para X institución/Programa de investigación en ciencias sociales? Por otro lado, ¿Cuáles son esos fines? ¿Quiénes son esos hombres?... y más importante aún. ¿Cómo hacer?... pero, vamos despacio.

2.2. El estructural funcionalismo en Parsons

Como adelantamos, en sus aspectos teóricos, con el trabajo de Parsons, el funcionalismo radical se re – configurara, y, fundamentalmente, en lo que respecta a las definiciones de las acciones de los sujetos. Es que, el acto se define en Parsons por *la existencia de un actor en cuya conciencia existe una representación de la finalidad del comportamiento, un fin, y una representación de la situación, compuesta de medios y condiciones, según se trate de elementos controlables o no de la situación.* Y, sobre todo, para Parsons, existe también en la conciencia del actor un cierto tipo de relación entre las representaciones precedentes, una relación llamada *elección*, entre las alternativas, de un medio para alcanzar un fin: y esta relación se llama “**orientación normativa de la acción**” (Pizarro, 1979, p. 170)... El autor dijo en *Hacia una teoría general de la acción*, que “lo esencial para el teórico de la acción no

es el acto, sino el sistema que rige todos los actos posibles” (Parsons, 1951, p. 51, citado en Pizarro, 1979, p. 171).

Ahora bien, notemos que en la definición la distinción entre una acción colectiva y un acto individual se borra y no es pertinente para el análisis de la acción, pues este análisis se hace en términos de orientaciones normativas de la acción, es decir, de criterios de selección de objetos de orientación que existen, interiorizados, en la conciencia del actor individual y que, en el caso del actuante colectivo, son únicos.

Pero, sin entrar en más detalles, saquemos algunas conclusiones de estas definiciones, para comprender, más adelante, el porqué de la relación “problemática” entre esta sociología y la disciplina histórica:

2.3 Relaciones entre la sociología, desde una perspectiva funcionalista y estructural funcionalista, y la historia

La primera y la más importante es que la noción de acción en la sociología que venimos describiendo se define en términos de categorías subjetivas. Importa subrayarlo porque entendemos que Parsons tiene razón cuando constata que, de Weber a Durkheim, pasando por Marshall y Pareto, toda la sociología es un discurso sobre la acción de actores. En lo que no tiene razón es en pensar que con estas categorías se puede hacer una ciencia: lo único que se puede hacer es una interpretación comprensiva de la actividad social, que Max Weber llamó, justamente, sociología (Pizarro, 1979, p. 184)...

En síntesis, vemos que desde sus orígenes, la sociología ha sido siempre una “ciencia” interpretativa. Y Weber, cuyo mérito fundamental es el de haber sido claro, define la acción como “un comportamiento humano, cuando y en tanto el agente o los agentes le comuniquen un sentido subjetivo” (Weber, 1964, citado en Pizarro, 1979, p. 184). Así, desde Weber, la definición de la acción y la cuestión de lo que la determina están íntimamente asociadas. La asociación es tan fuerte que no se pueden definir los términos del paradigma de la acción fuera de las consideraciones causales. En efecto, ya Weber asociaba la distinción entre comportamiento y acción, a la exterioridad o interioridad (respecto del sujeto), de la determinación del curso del comportamiento. Solo hay acción cuando la determinación de su curso es interior... Pero ¿Qué quiere decir interior? Y ¿Cuál sería el problema relacionado a la cuestión de la concordancia de la disciplina sociológica con la histórica? Es lo que pasamos a responder, respectivamente:

Las categorías fundamentales de la teoría general de la acción, como Parsons las ha identificado, son las categorías que sirven para definir y constituir los objetos de las diferentes disciplinas del campo de las así llamadas “ciencias humanas”. En todas las disciplinas de este campo, el objeto de estudio es un sistema. Y este sistema se define *siempre* como *sistema de entidades psíquicas interiorizadas* por el sujeto de la acción. El origen de este sistema es un oscuro *consensus*. Y los sujetos, al actuar, eligen entre los elementos del sistema aquellos que el acto exterioriza o manifiesta. Los sujetos, claro está, *contienen*, en su interior, los elementos de este sistema.... Constituyéndose así, (mediante la auto-determinación) “la libertad”.

Ahora bien, no cabe duda de que el *sentido subjetivo* que los individuos atribuimos al acontecer social en el que nos encontramos como actores es un elemento esencial en la dinámica de los procesos sociales. Pero, **la historia** basta para que sepamos la distancia que separa el sentido de la acción de sus resultados, la voluntad y la realidad, y “la libertad” de la subjetividad socialmente producida y productora de la objetividad social. Lo que queremos postular es, que “la verdadera” como “la falsa conciencia” son aspectos de la realidad social, pero las teorías de la acción reducen a ese primer aspecto. Y al hacerlo **la historia** se acaba, no empieza: *la sociedad es pura manifestación del sentido que el sujeto contiene*. Y... “**la verdad sociológica**” es, sencillamente, *la evidencia de la identidad entre el sentido que “el discurso sociológico” expresa y el que le sirve de referencia, sin llegar de este modo a ser nunca verdaderamente objeto...*

En suma, así, es como entendemos que se ha tornado crecientemente extraño encontrar una sociología capaz de considerar la historia y el análisis histórico como uno de sus componentes centrales (Dean, 1994, p. 2). Pero, como dijimos, si los estudiantes de ayer, formado en dichos paradigmas, habían sido advertidos sobre las implicancias del análisis histórico, para sus esquemas teóricos dados de ante- mano, la generación siguiente se encontró con que la renovación de la historia era imprescindible para toda una gama de áreas, dando amplio reconocimiento en torno a una actividad híbrida llamada “sociología histórica”, al menos entre los sociólogos.

Vale adelantar, al respecto, que la riqueza empírica de esa actividad no ha encontrado, sin embargo, intentos equivalentes por proporcionar una justificación teórica y que de hecho, tales intentos han tendido a ser meramente sincréticos; y que si bien, se han utilizado caminos convencionales para no distinguir entre las disciplinas, las oposiciones- entre general/particular, sincrónica/diacrónica, nomotética/ideográfica, presente/pasado,

teórica/empírica, etc.- se han convertido en tendencias internas al nuevo híbrido. Veamos por qué...

3. La sociología histórica y la teoría de la estructuración.

Ese es, particularmente el caso, cuando el problema de las relaciones entre sociología e historia se plantea en términos de agencia y estructura, tal como lo hizo Philip Abrams en un artículo influyente, escribiendo: ambas buscan entender el rompecabezas de la agencia humana y buscan hacerlo en términos de procesos de estructuración social. Ambas están impulsadas a concebir estos procesos en forma cronológica como lógica, en forma de secuencia empírica como de forma abstracta (Abrams, 1980, citado en Dean, 1994, p. 2); a lo que agregó, “la sociología debe preocuparse por los eventos porque así es cómo ocurre la estructuración. La historia debe ser teórica porque es así como la estructuración es aprendida” (ídem). En Abrams el rompecabezas de la agencia humana en cuestión destila cierto tipo de teoría sociológica; ¿Cómo es que las acciones de sujetos humanos constituyen un mundo social que, a su vez, constituye las condiciones de posibilidad de las acciones de dichos sujetos? ...

Para el autor de la teoría de la estructuración, así como para la versión más conocida de Giddens, en síntesis, la separación entre sociología e historia no tiene justificación racional, porque el dualismo entre agencia y estructura no pueden sostenerse. Ahora bien, esta mirada para nosotros, tiene, sin embargo, grandes problemas (Dean, 1994, p. 3). Sobre todo, porque su concepción de agencia es reduccionista. La agencia social se tiende a identificar con el sujeto humano y sus capacidades y atributos. Otras formas de agencia social, incluyendo varias formas de agencia colectiva o corporativa, son o bien descartadas o concebidas como compuestas por y reducibles a agentes humanos.

En segundo lugar, esa mirada para nosotros tiene grandes problemas porque, desde los ensayos influyentes de Marcel Mauss, los sociólogos saben que las categorías de persona, yo (self) e individuo, dependen de prácticas y técnicas culturales e históricas particulares. Estas categorías no pueden, por tanto, ser utilizadas como datos universales de la existencia y experiencia humanas, como es el caso de los intentos por encontrar una teoría sociológica general a partir de ellas (Dean, 1994, p. 3). *Intentos de este tipo, en síntesis para*

nosotros no pueden, proveernos las bases para un encuentro entre sociología e historia. En tanto sus conceptos centrales reproducen el dualismo que buscan superar.

La sociología histórica se vuelve ahora el estudio tanto de las prácticas de actores humanos formadores de estructura como los efectos habilitantes/restrictivos de esas estructuras sobre sus acciones. Y las dicotomías evento/proceso, pasado/presente, diacronía/sincronía, ideográfica/nomotética, y demás, si bien ya no forman las bases de una distinción entre dos disciplinas, sí se reproducen como *tendencias* en el nuevo campo interdisciplinario. (Smart, 1982, citado en Dean, 1994, p. 3).

Pero, para finalizar el punto, quisiera discutir con Abrams en favor de los estudios históricos – sociológicos, sin depender de sus argumentos acerca de que la explicación sociológica es necesariamente histórica y que la sociología histórica “está en el esencia de la disciplina” (Abrams, 1982, p. 2, citado en Dean, 1994, p. 3). Sugiero que hay otras razones para hacer sociología histórica que no implican concebir la historia en un sentido ontológico, como “el nexo entre acción y estructura”. Y que si algo así como una sociología histórica puede encontrarse en el núcleo intelectual de la sociología, podría ser por razones menos teóricas que *estratégicas*.

Su ubicación estratégica puede ser distinguida por el rechazo de *viejos usos de la historia* en la sociología que funcionaron como oponentes a la disciplina. ¿Cómo sería *un* sentido histórico que no funciona como tal? Es lo que nos debemos preguntar, y para responder, acudimos al máximo representante de la escuela de los *Annales*, post segunda guerra mundial (con lo que eso significa), a saber: Fernand Braudel. Más adelante, explicamos por qué:

4. “Una nueva historia”

Fernand Braudel, en la *Lección Inaugural de la Catedra de Historia de la civilización moderna*, en el Collège de France, el 1 de diciembre de 1950, bajo el título *Las responsabilidades de la historia*, argumentó, “nuestra época, es demasiado rica en catástrofes, revoluciones, e imprevistos. La realidad de lo social, la realidad fundamental del hombre, nos parece nueva; y, se quiera o no, el viejo oficio del historiador no cesa de retoñar en nuestra manos” (p, 22); agregando más adelante:

Sí ¡que de cambios! Todos a casi todos los símbolos sociales se han vaciado de contenido. Se trata de saber si nos será posible, no ya tan solo vivir, sino vivir y pensar apaciblemente sin sus puntos de referencia, sin la luz de sus faros. Todos los conceptos intelectuales se han encorvado o roto. La ciencia sobre la que nosotros, profanos, nos apoyábamos, incluso sin ser conscientes de ello, la ciencia refugio y nueva razón de vivir del siglo XIX, se ha transformado, de un día para otro, brutalmente, para renacer en una vida diferente, prestigiosa pero inestable, siempre en movimiento pero inaccesible; y sin duda, nunca más tendremos, ya ni tiempo ni posibilidad de restablecer con ella un dialogo conveniente. Todas las ciencias sociales, incluida la historia, han evoluciono de manera análoga, menos espectacular, pero no menos decisiva. Si estamos en un nuevo mundo ¿Por qué no en una nueva historia? (p. 22).

Ahora bien, “difícil tarea la de explicar en unas cuantas palabras lo que realmente ha cambiado en el campo de la historia”, aclaró en dicha lección Fernand Braudel, pero asegurando que no creían ya en *la explicación de la historia por un factor dominante*, decía, “a la Historia no la dominan en exclusividad ni el conflicto de las razas, [...]; ni los poderosos ritmos económicos, [...], ni las constantes tensiones sociales [...]. El hombre es mucho más complejo” (1950 [1968], p. 64). Además, prosiguió, “el problema no reside en negar lo individual bajo pretexto de que es objeto de contingencias, sino de sobrepasarlo, en distinguirlo de las fuerzas diferentes de él, en reaccionar contra una historia arbitrariamente reducida a la función de los héroes quintaesenciados” (1950 [1968], p 27).

En suma, finalizo Braudel, “nuestra labor consiste precisamente en sobrepasar ese primer margen de la historia. Hay que abordar, *en sí mismas y para sí mismas*, las realidades sociales” (1950 [1968], p.30), entendiendo por *realidades sociales*,

Todas las formas amplias de la vida colectiva: las economías, las instituciones, las arquitecturas sociales y, por último (y sobre todo), las civilizaciones; realidades todas ellas que los historiadores de ayer no han, ciertamente, ignorado, pero que, salvo excepcionales precursores, han considerado con excesiva frecuencia como tela de fondo, dispuesta tan solo a explicar las obras de individuos excepcionales, en torno a quienes se mueve el historiador con soltura. (1950 [1968], p. 30)

Pero, volviendo a la sociología, vale recordar que para nosotros, si más recientemente “en la sociología histórica” el retraimiento en el presente se ha enlentecido, esto tiene menos que ver con el reconocimiento en la ontología histórica de las formas sociales, que vemos, por ejemplo, en Braudel, que con la pérdida de la importancia de los esquemas teóricos globales. En otras palabras, que más allá de la distinción o confluencia disciplinar, lo que vemos pujante pos segunda guerra mundial, es una nueva forma de práctica intelectual, en detrimento de una trascendencia teórica de la dicotomía entre acción y estructural. O, como dice Mitchell Dean, “que en vez de una unión entre dos disciplinas, que la sociología histórica se ha vuelto un proyecto *interno* a la transformación de la sociología en sí misma. [...]. Una reforma estratégica que son las condiciones de existencia de la sociología como disciplina” (1994, p. 4).

A continuación, introducimos algunos temas principales de un gran pensador reciente que ha dedicado quizás el mayor esfuerzo a la consideración de preguntas con sentido histórico y de lo que constituye lo que podríamos llamar, siguiendo una vez más a Mitchell Dean, “una historia crítica y efectiva, Michel Foucault.” (1994, p. 5). Lejos de hacer de Foucault un sociólogo disfrazado, queremos reflejarnos en un *su* sentido histórico y en lo que podría ofrecer a ‘el nuevo sentido histórico en la sociología, en general, y a partir de ello, en el abordaje teórico- metodológico pertinente para la comprensión de objetos de investigación de nuestro interés, en particular.

5. La genealogía y la arqueología en Michel Foucault, ¿hacia una historia del presente?

En uno de los pocos textos consagrados, explícitamente, a lo que fue, sin duda, para él, la referencia filosófica fundamental – a saber, la obra de Nietzsche-, Foucault llevó a cabo una crítica devastadora de la noción de *origen*, tal como los historiadores estaban acostumbrados a manejarla (Foucault, 1971 [2000]), y tal como “nuestro sentido común sociológico” nos empujó a preguntar...

Según el filósofo francés una pregunta en ese sentido “anula la originalidad del acontecimiento, al que supone, ya presente, incluso antes de su advenimiento” (Foucault, 1971 [2000]). Más, que “enmascara, la discontinuidad de los surgimientos, de las ‘emergencias’, irreductibles a toda prefiguración, y las discordancias que separan las diferentes series de discursos o de prácticas (idem).

Pero ¿Por qué una pregunta sobre el *origen* supone antes de su advenimiento? ... Porque la historia, cuando sucumbe a la “quimera del origen”, arrastra varias presuposiciones, nos dice Foucault, como lo son: “que cada momento histórico es una totalidad homogénea, dotada de una significación única y que el devenir histórico está organizado como una continuidad necesaria, donde los hechos se encadenan en un flujo que permite decidir que uno es ‘causa’ u ‘origen’ del otro” (ídem). Para Foucault, “**la genealogía**”, justamente, debe desprenderse de esas nociones clásicas (totalidad, continuidad, causalidad) si quiere comprender, adecuadamente, las rupturas y los desfasajes.

Como explicó Chartier “el primero de los rasgos propios del sentido histórico, tal como lo entiende Nietzsche, y que se opone a la *historia tradicional* es permutar la relación establecida de ordinario entre la irrupción del acontecimiento y la necesidad continua” (1996, p. 21). Al respecto, vale aclarar, que con una radicalidad permitida por la forma, la de un “comentario” de los textos de Nietzsche, Foucault da una definición cabalmente paradójica del acontecimiento, situando lo aleatorio, no en los accidentes del curso de la historia o en las elecciones de los individuos, sino en aquello que para los historiadores parece poco más determinado y menos azaroso, a saber, las transformaciones de las relaciones de dominación.

Ahora bien, si tomamos el argumento de una articulación entre la singularidad aleatoria de las emergencias, tal como la designa la ‘historia efectiva’ y las regularidades que gobiernan las series temporales, discursivas o no, que son el objeto mismo del trabajo empírico de los historiadores; o en otras palabras, ponderando la idea de asociar la serie y el acontecimiento y separar a este último de toda referencia a una filosofía del sujeto: surge la necesidad de pensar cómo las prácticas discursivas están articuladas con otras, cuya naturaleza es diferente.... Pero, ¿eso se da en el inicio de la investigación o es el trabajo mismo a desarrollar? ... ya veremos.

Nos cuenta, Roger Chartier, para citarlo una vez más, que dicho tema, efectivamente, es esbozado varias veces en *La Arqueología del Saber*, donde dice el filósofo francés que contra las causalidades directas y reductoras, pero asimismo contra el postulado de una independencia soberana y solitaria del discurso, “**la arqueología**” hace aparecer relaciones entre las formaciones discursivas y los dominios no discursivos (instituciones, acontecimientos políticos, prácticas y procesos económicos). Pero que esos acercamientos no tienen como fin revelar grandes continuidades culturales o aislar mecanismos de causalidad. Ante un conjunto de hechos enunciativos, la arqueología no se pregunta qué

pudo motivarlo (ésta es la búsqueda de contextos de formulación); tampoco busca encontrar qué se expresa en ellos (tarea de la hermenéutica); sino que intenta determinar cómo las reglas de formación de las que depende pueden estar vinculadas a sistemas no discursivos: busca definir esas formas específicas de articulación (Foucault, 1972 [2002]).

Ahora bien, vale aclarar que para Foucault, establecer, firmemente, la distinción entre las prácticas discursivas y las prácticas no discursivas no implica considerar, empero, que sólo estas últimas pertenecen “a la realidad”, “a lo “social”. Contra quienes se hacen una “idea muy estrecha de lo real”, afirmó:

Hay que desmitificar la instancia global de lo real como totalidad que ha de ser restituida. No existe ‘lo real’ que sería alcanzado a condición de hablar de todo o de ciertas cosas más ‘reales’ que otras, y que se perdería en beneficio de abstracciones inconsistentes, por limitarse a hacer surgir otros elementos y otras relaciones. Habría que interrogar también, quizá, el principio, a menudo admitido implícitamente, que la única *realidad* a la que debería aspirar la historia es la sociedad misma. Un tipo de racionalidad, una manera de pensar, un Programa, una técnica, un conjunto de esfuerzos nacionales y coordinados, objetivos definidos y buscados, instrumentos para alcanzarlos, etcétera, todo eso es real, aun cuando eso no pretenda ser ‘la realidad’ misma ni la sociedad toda”. (Foucault, 1980 [1982]).

Pero, valen ahora el siguiente interrogante: ¿Hay que oponer Foucault a Foucault e inscribir su trabajo en las mismas categorías que él consideraba como impotentes para dar cuenta adecuadamente de los discursos (de sus discursos), antes de adoptar su “metodología”? creemos que si, por ello, respondemos: 1) ¿Por qué fue importante hablar de Fernand Braudel? y 2) ¿Por qué, también lo es, de Michel Foucault? ... nos expresamos, adelantamos, reproduciendo *in extenso* una nota sobre el tema del historiador español Felipe Ruiz Martín, publicada como Prólogo del libro del Braudel *La Historia y las Ciencias Sociales*. Lo segundo, a partir del análisis en *Escribir las prácticas* del también historiador, pero francés, Roger Chartier, sobre la obra de Foucault. Los escuchamos, respectivamente:

5.1 Sociología del conocimiento utilizado en la arquitectura teórica – metodológica propuesta

En la historiografía contemporánea, caracterizada por una profunda revolución de conceptos y de métodos, constituye incuestionable entidad las novedades de la 'escuela francesa'. Un sector de la misma escucha temprano la crítica procedente del campo filosófico – considérese, por ejemplo, las de Nietzsche en *De la utilidad y desventaja de la Historia de la vida* (1873) – y se aparta de la manera de entender y de reconstruir el pasado que venía practicándose durante la segunda mitad del siglo XIX. El arma fue, nos dice Ruiz Felipe Martin,

La Revue de Synthèse Historique, creada en 1900 por Henri Berr y su grupo de colaboradores, a los que unía el común horror a las limitaciones de los especialistas a ultranza, y que influyeron en la formación de la generación siguiente, que concreto aspiraciones y preciso anhelos, merced al feliz entendimiento de Lucien Febvre y de Marc Bloch, quienes fundaron en 1929 los *Annalesd' historie économique et sociale*. [...]. [Luego] Tras los estupendos resultados conseguidos por E. Labrousse, vino Fernand Braudel. Y con él la 'escuela francesa' toma otros derroteros, o si, se nos autoriza, más altos vuelos⁵.

Ahora bien, justamente, Michel Foucault, en varios textos publicados entre 1968 y 1970 (fundamentalmente, en *La Arqueología del Saber*) multiplico las referencias a la práctica de los historiadores, fijando de esa manera, intelectualmente, y legitimando, estratégicamente, su propio proyecto de *descripción arqueológica y genealógica de los discursos* del que hablaremos más adelante... Ahora, nos cuenta Roger Chartier, respecto a lo anterior, que para el filósofo francés *loesencialen* dicha práctica histórica “no residió en la invención de nuevos objetos, sino en la puesta en juego sistemática de lo discontinuo, rompiendo fundamentalmente con la historia imaginada o sacralizada por la filosofía” (1996, p. 22). Más, que, a este último sistema de pensamiento, opusieron la historia que él designo como “la historia tal como la que es practicada hoy’ - entendemos, las de las coyunturas económicas, los movimientos demográficos, las mutaciones sociales, que dominó el decenio de los años 60’, en referencia a los modelos de Braudel y Labrousse” (ibídem, p. 23)...

⁵ Ruiz Martin, Felipe (1968) *Prologo*, en- FernandBraudel, *La Historia y las Ciencias Sociales*, Alianza Editorial, 1968, pp. 7-15.

Así, fuimos de Nietzsche a “la escuela histórica francesa”, y de Braudel a Foucault, quien retomando al mismo filósofo alemán (Nietzsche), nos interpeló sobre “nuestras preguntas de investigación”, tales como: ¿Cómo y por qué del *origen* del X institución/Programa de investigación en ciencia social? ¿Cuáles son las ideas allí presentes?, ¿Cuál es la historia de las mismas? ¿Cómo abordarlas?...

Ahora bien, ¿cuáles son las condiciones que hacen posible producir una lectura “foucaultiana” de los discursos de X institución/programa de investigación en ciencia social, o sea, leer sus trabajos a partir de esa “ligera desviación”, que ‘consiste en tratar, no las representaciones que se pueden encontrar tras los discursos, sino los discursos como series regulares y discontinuas de ‘acontecimientos’, y que ‘permita introducir en la raíz misma del pensamiento, el *azar*, lo *discontinuo* y la *materialidad*’, teniendo en cuenta que, como invita Foucault, hay que someter las obras a los procedimientos del análisis crítico o genealógico que el propuso, pero que anula al mismo tiempo “con su invitación”? ...

6. La vigilancia epistemológica

Creemos como Pierre Bourdieu que es necesario someter las operaciones de la práctica sociológica a la polémica de *la razón epistemológica*, para definir, y si es necesario, inculcar, una actitud de **vigilancia** que encuentre, *en el completo conocimiento del error* y de los mecanismos que lo engendran, uno de los medios para superarlos (Bourdieu, 2008, p. 18, cursiva nuestra). Esto se sostiene, partiendo del supuesto que, como toda la obra de Gastón Bachelard lo demuestra, la *epistemología* se diferencia de una *metodología* abstracta en su esfuerzo por captar *la lógica del error* para construir *la lógica del descubrimiento* de la verdad, como polémica contra el error y como esfuerzo para someter las verdades próximas a la ciencia y de los métodos que utiliza, a una rectificación metódica permanente (Canguilem, 1957, citado en Bourdieu 2008, p. 18).

En síntesis, a diferencia de la tradición que se atiene a la lógica de la prueba, sin permitirse, por principio penetrar en los arcanos de la invención, quisiéramos proporcionar aquí los medios para adquirir una disposición mental que sea condición de invención y de la prueba (Bachelard, 1949, citado en Bourdieu, 2008, p. 18). Pero, aunque es inútil confiar en descubrir una ciencia sobre el modo de hacer ciencia, y suponer que la lógica sea algo más que un modo de control de la ciencia que se construye o que se ha construido, sin embargo, creemos como lo observo Stuart Mill “la invención puede ser cultivada”, es decir que una explicitación de la lógica del descubrimiento, por parcial que parezca, puede contribuir a la racionalización del aprendizaje de las aptitudes para la creación (Ídem).

Esta filosofía del trabajo científico como “acción polémica de la razón”, transpuesta a la instancia de las ciencias del hombre, puede proporcionar los principios de una reflexión capaz de inspirar y controlar los actos concretos de una práctica verdaderamente científica, definiendo en lo que tengan de específico los principios del “racionalismo regional” propios de la ciencia sociológica (ibídem, p. 25). El conocer, dice Gastón Bachelard, debe evolucionar junto con lo conocido. Lo que implica afirmar que es inútil buscar una lógica anterior y exterior a la historia de la ciencia que se está haciendo, a lo que agregó:

Desde la fascinación por el hecho de que en matemática evitar el error es cuestión de técnica, se pretende definir la verdad como el producto de una actividad intelectual que responde a ciertas normas; se pretende considerar los datos experimentales como se consideran los axiomas en geometría; se confía determinar reglas de pensamiento que desempeñarían la función que la lógica desempeña en matemática. Se quiere, a partir de una experiencia limitada, construir la teoría de una vez por todas. (Ibídem, p. 26)

Ahora bien, estos análisis sociológicos o psicológicos de la perversión metodológica y de la desviación especulativa no pueden ocupar el lugar de la crítica propiamente epistemológica a la que introducen (Bourdieu, 2008, p. 29), dado que establecer, como lo hace Bachelard, que *el hecho científico se conquista, construye, comprueba*, implica rechazar al mismo tiempo el empirismo que reduce el acto científico a una comprobación y el convencionalismo que sólo le opone los preámbulos de la construcción (ídem). Para finalizar, es dable remarcar, que por todo esto, es que decidimos confiar en las ideas de Michel Foucault, puesto que el autor, *se dio a una formalización teórico – metodológica (en La Arqueología del Saber), solo después de “finalizar” sus trabajos empíricos.*

7. A modo de conclusión

Tal como Mitchell Dean en su trabajo *Sociología, Foucault y los usos de la historia*, en esta ponencia he resistido a una definición de la “sociología histórica” en pos de un deseo por mantener el término tan abierto y sin prescripciones como fuera posible. Tal definición, suponiendo que es posible, debe ser lo suficientemente amplia para abarcar proyectos que cruzan métodos, estilos, escuelas, tradiciones y disciplinas intelectuales. En efecto, antes de reducirla a un método comparativo o una nueva disciplina híbrida, preferiría considerar la

sociología histórica como cualquier intento reflexivo por desarrollar y elaborar conceptos teóricos – sociales dentro de un campo de análisis histórico positivo.

En contraste, *La Historia del Presente*, podría ser caracterizada ligeramente por su uso de los recursos históricos para reflexionar sobre la contingencia, singularidad, interconexiones y potencialidades de las diversas trayectorias de aquellos elementos que componen los arreglos y las experiencias sociales presentes. Tal historia renueva una búsqueda por metodologías adecuadas a los problemas de la división, la dispersión y la diferencia dentro de la historia y procura prevenirse de comprensiones anacrónicas del pasado que conviertan el presente en el resultado necesario de un pasado necesariamente continuo. Tal historia está orientada hacia el uso crítico de la historia para hacer inteligibles las posibilidades en el presente y por tanto no puede ceder a los conceptos universalistas de racionalidad y subjetividad, ni a la meta-narrativa del progreso o la emancipación. Es este último movimiento lo que convierte la *historia crítica* (genealogía y arqueología) de Michel Foucault, para nosotros, en una herramienta efectiva para las sociologías históricas.

Referencias Bibliográficas

- Bourdieu, P. (2008) *El oficio de sociólogo: presupuestos epistemológicos*, Buenos Aires, Siglo XXI editores.
- Braudel, F. (1950 [1968]), *La Historia y las Ciencias Sociales*, Madrid, Alianza editorial.
- Chartier, R. (1996) *Escribir las prácticas: Foucault, de Certeau y Marín*, Buenos Aires, Ediciones Manantial.
- Dean, M. (1994) *Sociología, Foucault y los usos de la historia*, Traducción Celeste Viedma.
- Grondona, A. (2014) *Saberes expertos, discursos y la construcción de “problemas sociales”: Herramientas para la investigación sociología en el archivo*, material de la cátedra, en la carrera de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.
- Foucault, M. (1971 [2000]), *Nietzsche, la genealogía, la historia*, Madrid: pre-textos.
- Foucault, M. (1972 [2002]) *La arqueología del saber*, Buenos Aires, Siglo XXI editores.

-
- Foucault, M. (1980 [1982]) *El polvo y la nube*, en La imposible prisión, Barcelona, Editorial Anagrama.
 - Pizarro, N. (1979) *Metodología sociológica y teoría lingüística*, Alberto Corazón editor, Madrid.